

Su PRIMER PESO?

Manuel Ugarte

EL doctor Manuel Ugarte no contesta a una sola pregunta. Porque para un hombre de su cultura, de su espíritu exquisito y que ha realizado la importante obra panamericana que él ha realizado, señalando rumbos a toda una generación americana, una pregunta significa un infinito número de cuestiones. A través de su colorida charla se ve tan pronto al poeta como al ameno hombre de mundo; al pensador y al amable "causeur"; al hombre a quien inquietan los destinos políticos de su país y al espíritu sutil que ha recogido en su larga permanencia en el Viejo Mundo agudas observaciones.

— ¿Cómo ganó su primer peso? — pregunto.

El doctor Ugarte, con la más fina de sus sonrisas, responde:

— Con la sinceridad de ayer y de hoy, es decir, con el lirismo de la juventud y con el lirismo de la edad madura, porque no he cambiado; tengo que confesar que el dinero no me ha interesado nunca. Ni en los años en que lo gastaba con largueza, ni en las épocas en que lo adquirí penosamente. No cabe, lo reconozco, mayor desatino en un siglo de emisión menor consagrado a las cifras. Pero así fué y así será, pese a las severas amonestaciones que me dirijo todas las mañanas frente al espejo cuando cumplo con el rito milenarío de afeitarme. Pienso en mi noble y generoso perro Ali, que murió en Niza, agobiado por los años. Un día se me ocurrió mostrarle un puñado de billetes azules. Ali olfateó desdeñosamente, me miró con asombro, como si le doliese que quien representaba para él todas las superioridades se dejase distraer por tales miserias, y me volvió la espalda, para seguir jugando con su hueso. El perro tenía razón. Nuestro hueso duro y pelado es el ideal. Un ideal roído por las generaciones, pero que conserva siempre la frescura que le presta nuestra ilusión.

"Sin embargo, tuve una alegría al ganar el primer peso. Ese peso de doscientos francos lo gané en París, cuando tenía ampliamente con qué vivir. Mi primer artículo en francés fué aceptado por la "Revue Mondiale", y el director, Jean Finot, me mandó el cheque, acompañado de un ejemplar del número que insertaba el trabajo. Con los doscientos francos — la moneda tenía por aquel tiempo mayor valor adquisitivo — le regalé a mi madre un sillón histó-

rico, donde durmió la siesta muchas veces. Era la primera vez que la pluma me procuraba una retribución y ofrendé la retribución como un trofeo. No estubo exento, a pesar de todo, el lance de amargura. Porque los tipógrafos, poco familiarizados con la firma, dispusieron que el artículo saliera firmado por Manuel Uzarte. La errata cruel me hizo perder la serenidad, hasta el punto de pedir a Finot una rectificación. Pero el autor de la "Teoría de la longevidad", con quien fuimos después muy amigos, me dijo sonriendo: "No se inquiete usted por tan poca cosa; se imprimirá su nombre en letras de molde muchas veces".

ELVIRA PALACIOS

